

«Bruno Bimbi sabe agarrar al lector por la cabeza y el corazón y zarandearlo hasta sacarle todos los prejuicios, todos los dogmatismos, todas las contradicciones y, por qué no decirlo, todas las hipocresías»

EDUARDO MENDICUTTI



EL FIN DEL ARMARIO BRUNO BIMBI

El fin del armario

BRUNO BIMBI

EL FIN DEL ARMARIO
Lesbianas, gays, trans y bisexuales
en el siglo XXI

Prólogo de Eduardo Mendicutti

Prólogo a la edición argentina de Osvaldo Bazán



ANACONDA EDITIONS

ÍNDICE

Prólogo a la edición española	13
Prólogo a la edición argentina	17
A modo de introducción	19
Adolescencias robadas	19
I. GAYKIPEDIA. Los infinitos cajones del armario	29
¿Quién hace de mujer?	29
La «opción sexual»	31
El gen gay	33
Amor en portugués	37
Se presume heterosexual	40
Historias en el armario.	44
El armario interior: Jang era gay y no lo sabía	47
El deporte es cosa de machos	50
El <i>coming out</i> de los famosos.	57
<i>Outing</i>	61
Bi.	66
¿Cuántos somos?	69
Porno para todos	75
¿Ser gay tiene cura? (¿y ser hétero?)	76
La homofobia no es una enfermedad	87
Promiscuos	90
El señor Barriga es un ícono sexual	94
La gente del futuro.	98
Los últimos homosexuales	102
El GPS gay	104
¿Un <i>shopping</i> gay?	108
Televisión sin armario	110
Protección al menor	118
«Profe, ¿usted es gay?»	121

2. PRIDE. El camino de la vergüenza al orgullo y la lucha por los derechos civiles	125
El asiento de atrás	125
Hannah Arendt y el matrimonio igualitario	127
Stonewall, donde nació el Orgullo	138
Proletarios y maricones, uníos	140
Bésame mucho	143
3. MARICAS Y JUDÍOS. Las dos caras de la discriminación	147
<i>Pinkwashing</i>	147
Una boda en la sinagoga	162
«En Irán no tenemos homosexuales»	166
«Lo dice la ONU»	171
Venezuela: El «sionismo gay»	176
4. EL ODIIO. Morir por ser gay	179
África, donde no se puede ser homosexual	179
Alan Turing, el genio homosexual	184
Chile: La historia de Daniel Zamudio	185
Brasil: Cuando no hace falta ser gay para que te maten por gay	189
Tenía 8 años y sus padres lo torturaron y lo mataron porque creían que era homosexual	190
5. EN NOMBRE DE DIOS. La condena celestial (se prepara en la Tierra)	193
«Amarás a tu prójimo»	193
¡Pobres homófobos!	201
Dios y Pedro Zerolo	203
Al obispo le dan por el culo	205
Chaperos en el Vaticano	208
El Papa que huyó por amor	210
Francisco es Bergoglio	213
McCarthy y la «ideología de género»	216
Los chifladitos	222
Las puertitas del señor Aguer	225
El diputado de Francisco	228
El Papa, el sínodo y los maricones	231
Alá no es grande, Jesús no nos ama	237
El Papa no sabe nada sobre moda (ni sobre los gays)	242
El poder evangélico: Un peligro que Brasil puede ayudarnos a ver	246

Una polla para el pastor Malafaia	249
La maldición de Cam	253
Iglesia Universal: Los cajeros del Señor	256
6. REPÚBLICA DE GILEAD. De Brasil a España, el desafío de la nueva ultraderecha y sus políticas del odio	267
Bolsonaro y el culo ajeno	267
Esto aquí no puede pasar	272
El mito de la mayoría silenciosa	280
7. ESCRITO EN EL CUERPO. La vida transgénero en el siglo XXI . .	289
Ponerse en el lugar del otro (o la otra)	289
Antes de la ley de identidad	291
La presidenta y las trans.	294
Televisión basura	297
La crueldad	299
¡Viva Laverne Cox!	303
Subsidio trans	306
Epílogo <i>in memoriam</i> . Adiós a mi héroe, Pedro Zero	315

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Después de lo que ya son tantos años de salidas del armario individuales y colectivas, si esto último tiene algún sentido, podemos caer en la tentación y la autocomplacencia de pensar que gran parte del camino en la lucha por la igualdad y la respetabilidad del colectivo LGTB ya está recorrido en nuestro país. Primer error de bulto. Porque no todas las salidas del armario que conozco han sido iguales y el miedo y el dolor lo ha vivido cada cual de distinta manera, y ese miedo y ese dolor en muchos casos no termina de desaparecer; porque cada día resulta evidente que en nuestra sociedad aún permanecen agazapados, y no tan agazapados, rescoldos de homofobia que se traducen repentinamente en llamaradas violentas en forma de gestos y actitudes hostiles; porque la aparición y el auge de un partido político homófobo como Vox, con su ideología incendiaria que se manifiesta dispuesta a quemar, legal y socialmente, a todo gay, lesbiana, bisexual y transexual que ande suelto, libre y feliz —o luchando día a día por su libertad y su felicidad—, nos amenaza a todos; porque no estamos solos en este mundo y mientras en tantos países nuestros hermanos y hermanas LGTB sobrevivan bajo la constante amenaza de la cárcel o la pena de muerte no podemos de verdad sentirnos satisfechos de lo que en otros países estamos disfrutando, y porque, en cualquier caso, la memoria de lo que hemos sido y de donde venimos tenemos la obligación de fijarla y resguardarla con el mayor orgullo de familia. Todo esto lo hace y lo cumple en este libro el periodista y activista argentino Bruno Bimbi con una pasión, una honradez intelectual, un rigor documental y un talento informativo y narrativo que contagia, página a página, la emoción y la indignación que el lector tendrá el privilegio de compartir.

Otro error de bulto sería pensar que es un libro dirigido a consolar y enfurecer, a partes iguales —con sus foganazos, esparcidos aquí y allá, de humor inevitablemente dolorido, sarcasmo jubiloso, y esperanza en un futuro cada vez más justo— al colectivo LGTB, que también. A cualquier lector heterosexual y más si se dedica a la política, el apos-

tolado, la enseñanza, la sanidad o cualquier otra actividad en la que debería ser siempre obligatorio defender y proteger la igualdad y la dignidad de todos y para todos, *El fin del armario* le ayudará a comprender que la protección y la defensa del colectivo LGTB no es un asunto menor ni una meta secundaria en la construcción de una sociedad no sólo democrática, sino saludable y equilibrada. No habrá, en ninguna parte, sociedad democrática y sana mientras el colectivo LGTB no tenga plenamente reconocidos sus derechos y amparados por todos su dignidad y el respeto que merece.

Bruno Bimbi sabe agarrar al lector por la cabeza y el corazón y zandearlo hasta sacarle todos los prejuicios, todos los dogmatismos, todas las contradicciones y, por qué no decirlo, todas las hipocresías que hasta el más astuto de los polemistas sea capaz de justificar. Desde luego, el autor no rehúye los asuntos más resbaladizos y polémicos, revela las voces críticas dentro del propio colectivo con alguno de sus briosos planteamientos, pero sabe defenderlos con lucidez, claridad expositiva y un perfecto conocimiento de los datos en que sustenta sus argumentos en más de una ocasión nada convencionales. Cualquier lector, homosexual o heterosexual, lo agradecerá.

La fórmula y la estructura elegida por el autor para exponer argumentos y testimonios es brillante y propicia una lectura ágil y extraordinariamente cálida. La narración fluida y directa se alterna con el relato de casos concretos que encogen el corazón o, en ocasiones, lo caldean porque mueven a la esperanza. Es una estructura rigurosa, aunque nada campanuda, que no admite distracciones que lastren la contundencia del discurso ni la eficacia de los ejemplos, que sacuden la conciencia más y mejor que cualquier discurso o cualquier catarata de datos, pero ni el discurso ni los datos agobian al lector en ningún momento, al contrario, llegan siempre bien amarrados por el oficio de quien sabe perfectamente cómo deben comunicarse las ideas importantes y sujetar la atención del lector con narraciones concisas pero no esquemáticas de tantos gays, lesbianas, bisexuales y transexuales que han sufrido rechazo, incomprensión, insultos, marginación y pseudoterapias atroces en la familia, en el trabajo, en las consultas médicas, en las comunidades religiosas y en las instancias administrativas. A veces, el lector se reirá porque el autor acierta a descargar la tensión con jocosas e implacables descargas de ironía, sorna o sarcasmo.

El bloque más destacado del trabajo de Bruno Bimbi se centra en su Argentina natal —ojo a las páginas que dedica al que llegaría a ser el papa Bergoglio— y en Brasil, su país de adopción —ojo a la advertencia sobre la llegada al poder de un presidente ultrahomóforo como Bolsonaro, apoyado en y por las iglesias evangélicas—, pero Bimbi tam-

bién conoce de primera mano la situación en otros países y lo cuenta con una admirable claridad de mirada y de juicio. El Vaticano se lleva una tunda memorable. El homenaje a Pedro Zero lo es emocionante. Y nosotros, lectores entregados, recibimos una sacudida de dolor, solidaridad y ganas de no desfallecer nunca en el empeño de perseverar en la lucha por todo lo que nos queda por conquistar y por defender. Ojalá un libro tan necesario como este nos ayude a conseguirlo.

EDUARDO MENDICUTTI

A MODO DE INTRODUCCIÓN¹

ADOLESCENCIAS ROBADAS

Estábamos reunidos en una plaza. Éramos compañeros de instituto e íbamos a formar una agrupación estudiantil. Era casi de noche. El chico rubio me llamó tanto la atención que, de repente, me olvidé de lo que estábamos discutiendo, sin entender ni preguntarme por qué. Sólo supe —así, sin dudas— que nos haríamos amigos, porque «amigo» era lo único que concebía que yo pudiera ser de otro chico. No entendía por qué tenía un deseo tan fuerte de comenzar una amistad con alguien a quien apenas conocía, pero lo cierto es que nos hicimos muy amigos.

Cuando nuestra amistad ya era tan importante que no entendíamos cómo haríamos para vivir sin ella, el chico rubio me convenció de lo que mis compañeras no habían podido: que me vistiera más moderno, que me cortara el pelo con más onda, que además de ir a reuniones del centro de estudiantes, fuera a discos y fiestas, que hiciera cosas prohibidas para menores de dieciocho antes de cumplirlos, que me divirtiera más. Y me vestí con la ropa que él me regalaba, me corté el pelo igual a él, salí a bailar con él, nos divertimos juntos.

Él se ligaba a todas las tías. Yo lo acompañaba, lo esperaba, lo escuchaba cuando él me contaba; yo no me daba cuenta. Un día estábamos tirados en el balcón de su casa y me dijo que estaba tan caliente —éramos adolescentes, las hormonas enloquecidas— que follaría hasta conmigo, y hoy recuerdo que pensé lo que en ese momento no registré que acababa de pensar. Sí, lo pensé. Fue un *flash*, un impulso, un escalofrío; después, la censura y el olvido, todo en una fracción de segundo. No le contesté. Cambiamos de tema y el tiempo pasó y él siguió

1. Esta edición ha sido totalmente actualizada a lo largo de 2019. Además, he añadido nuevos capítulos que no figuraban en las ediciones anteriores, debido a la importancia de fenómenos como la llegada de Jair Bolsonaro a la presidencia de Brasil, y la emergencia de Vox en las elecciones españolas. (N. del A.)

teniendo nuevas novias que cambiaba a menudo y a mí me eligieron secretario general de la juventud del partido, y un día me di cuenta de que ya tenía veintitrés años y el sexo me aburría.

El sexo me aburría.

Era como una promesa incumplida. Yo ejercía mi mandato, más por obligación que por ganas, imitando a los demás, pero no recibía a cambio los placeres que mi amigo me contaba luego de sus incursiones en el cuerpo femenino. Lo peor era el beso: no tenía gusto a nada. Era un trámite necesario para meterla, una entrada que había que pagar para pasar al siguiente nivel, con cierta satisfacción física seguida de una incomprensible sensación de que algo no funcionaba. Se me terminó la adolescencia y no llegué a descubrir la combinación de la cerradura que abriera la puerta al paraíso que mi amigo juraba que existía y que yo, claro, fingía conocer.

Años después, una noche, por casualidad —o quizá no—, otro amigo heterosexual me llevó a conocer una disco gay. Yo fui porque él insistió que era divertido, aunque no me cabía en la cabeza eso de ir a un lugar de maricas. Pero volví, con excusas tan malas como las que, años atrás, cierta noche habían justificado mi interés por el rubio. Y poco después, un amigo de otro amigo, en la disco de maricas, no me creyó que yo no tuviera nada que ver y me buscó varias veces un beso, hasta que la testosterona se cruzó con una burbuja de champán en un torrente sanguíneo acelerado y no aguanté más. ¿Por qué no se lo iba a dar si yo también me moría de ganas?

El descubrimiento fue instantáneo: *eso* era el beso.

Después, claro, el sexo; la cerradura se abrió. ¡No era aburrido! Ahí estaban los placeres de los que me hablaba mi amigo rubio. Eran tal cual. Y entonces ya no necesité más; la censura se evaporó. Algo no había pasado en aquellos años de mi adolescencia y, cuando al fin estuvo todo claro, sentí que me la habían robado. De todas las cosas de la vida que nos prohibieron a los gays, la adolescencia es la más injusta.

Quiero que me la devuelvan.

Quiero vivir cada experiencia en el momento justo, tener mi primer novio a la misma edad en que mis amigos tuvieron su primera novia, y que los primeros besos sean torpes, experimentales, llenos de sorpresas, y descubrir el sexo con inocencia y emborracharme sin tener todavía edad para hacerlo, y que me pongan amonestaciones que no sean por una causa justa, sino por una que sea divertida, y hacer las cosas prohibidas para menores de dieciocho antes de cumplir los dieciocho. Quiero que el chico rubio me vuelva a decir que está tan caliente que follaría conmigo y entonces follar con él en su casa, esa tarde, en pleno verano, en plena adolescencia, con las hormonas enloquecidas.

Las experiencias perdidas son irrecuperables, porque nunca más estaremos ahí para saber cómo hubiesen sido. Cuando hablamos de educación sexual en la escuela, la que tanto asusta a los dinosaurios, la que yo no tuve, estamos hablando también de esas adolescencias no realizadas, de esos deseos censurados, de esas experiencias no vividas. Por el bien de los chicos que todavía están a tiempo de no perderselas, de librarse del armario, de madurar sin fantasmas medievales que los persigan, necesitamos romper con las barreras que hacen de nuestra sociedad un lugar menos amigable para algunos.

A la película de Pablo Rago que nos pasaron los de Johnson & Johnson en primer año le faltaba una parte de la historia.² Nos mintieron, porque nos contaron un mundo en el que *nosotros* no existíamos. Nos quitaron el derecho a vivir las mismas cosas que nuestros amigos vivían mientras nosotros nos las perdíamos porque sólo venían en formato chico + chica y nadie nos había dicho que quizá podíamos ser —y no tenía nada de malo que fuéramos— diferentes.

—*What's a faggot?*

—*A faggot is a word used to make gay people feel bad.*

—*Am I a faggot?*

—*You might be gay but don't let anyone ever call you a faggot... You don't need to know right now.*

(Diálogo entre Juan y el pequeño Chiron
en la película *Luz de luna*)

No hay una primera vez para entrar al armario; nacemos dentro. Cuando todavía no lo sabemos —ni tendríamos cómo, porque la sexualidad aún no forma parte de nuestras preocupaciones y no aprendimos las palabras que necesitaríamos para hablar de ella—, ya hay un armario invisible construido a nuestro alrededor.

La presunción es el punto de partida. Se presume que ese bebé con genitales masculinos un día será un hombre; que aquel con genitales femeninos será una mujer; que ese futuro señor tendrá una señora, que esa futura señora lo será de algún señor. El armario de nuestra infancia viene con colores, juegos, juguetes, cuentos infantiles con príncipe y princesa, expectativas y planes de nuestros padres, amigos, maestros y algún tío o tía que en cada fiesta de cumpleaños nos pregunta si tenemos novia, porque es obvio que no existe otra posibilidad.

2. El autor se refiere a un corto argentino de los años noventa, producido por J&J y protagonizado por el actor Pablo Rago, que era usado como clase de educación sexual en algunas escuelas. (*N. del E.*)

La presunción se transforma en un destino que asumimos como meta, eso que vamos a ser cuando seamos grandes.

El *bullying* homófobo empieza antes de que podamos entenderlo. «¿Qué es un marica?», le pregunta Chiron a Juan en *Luz de luna*, y después: «¿Yo soy marica?» La primera vez que escuchamos un insulto homófobo, no sabíamos que éramos gays, ni qué era ser gay, pero comenzamos a intuir que, si fuéramos *eso*, la pasaríamos mal. Que a los demás no les gustaría, sobre todo a nuestra familia. Como escribe Osvaldo Bazán en su *Historia de la homosexualidad en la Argentina*:

El niño judío sufre la estupidez del mundo y vuelve a casa y en su casa sus padres judíos le dicen «estúpido es el mundo, no tú». Y le hablan de por qué esta noche no es como todas las noches y le cuentan de aquella vez que hubieron de salir corriendo y el pan no levó. Le dan una lista de valores y tradiciones y le dicen: «Tú estás parado acá.» Y sabrá, el niño judío, que no está solo. El niño negro sufre la estupidez del mundo y vuelve a casa y en su casa sus padres negros le dicen «estúpido es el mundo, no tú». Y le hablan de la cuna de la humanidad, de un barco, una guerra. Le dan una lista de valores y tradiciones y le dicen: «Tú estás parado acá.» Y sabrá que no está solo. El niño homosexual sufre la estupidez del mundo y ni se le ocurre hablar con sus padres. Supone que se van a enojar. Él no sabe por qué, pero se van a enojar.

El primer armario del que hay que salir —el único del que alcanza con salir una sola vez— es el interior. Pensar «soy gay» y que deje de dar miedo saber que es verdad. ¿Nunca te pasó, antes de saberlo, que veías a un tipo muy atractivo y tus ojos, sin pedirle permiso a tu cabeza, se movían para mirarlo? ¿No pensabas, entonces, «¡qué linda chaqueta lleva!», cuando lo que realmente te había gustado era el tío que la llevaba puesta? Si eres heterosexual, jamás te pasó: cuando veías a una tía que te gustaba, no sólo no necesitabas engañarte, sino que podías decirlo en voz alta y gozar de la complicidad de los demás. Hay un montón de esfuerzos mentales que nunca tuviste que hacer para descubrirte a ti mismo, entender y, después, manejar esa información con los otros.

El armario interior, por increíble que parezca, resiste a las evidencias más obvias. Un chaval se masturba mirando pornografía gay, pero no reconoce que le gustan los hombres, o tiene sexo en el túnel de Amerika³ y después se convence de que fue el alcohol. Todavía me acuerdo de un diálogo muy gracioso con un tío al que conocí hace muchos años: —No te confundas, yo soy hétero —me dijo.

3. Disco gay *hétero friendly* de Buenos Aires. (N. del A.)

—Todo bien, pero eso que estabas chupando recién se llama «polla» —le respondí, aunque lo entendía, porque yo ya había sido como él.

Después de salir del armario interior, llega el momento de entender que *eso* que somos no tiene nada de malo —si en tu casa y en tu escuela no te enseñaron lo contrario, va a ser más fácil—, que ser gay es tan normal y natural como ser hétero y que está todo bien. Transformar la vergüenza en orgullo es algo que no todos consiguen, pero es imprescindible para llevar una vida sana y feliz, defenderse de la estupidez ajena, mantener la autoestima en su lugar y no resignarse a ser tratado como ciudadano de segunda.

Cuando, al final, estamos fuera y lo tenemos claro, debemos decidir cuándo, cómo y a quiénes contárselo, y responder a todas esas preguntas increíbles que nos hacen («cuando estás con un tío, ¿quién hace de mujer?», «¿es verdad que los gays quieren ser mujeres?»). Por momentos, precisamos ser pedagógicos, desarmar los mitos y explicar que no somos extraterrestres.

Para eso, precisamos saberlo nosotros mismos.

Pero, después, parece que el armario no termina nunca. La presunción de heterosexualidad es el truco que le permite reaparecer, como las velitas de la torta de cumpleaños que se prenden de nuevo después de haberlas soplado. Podemos haber hecho nuestro *coming out* con todo el mundo, pero basta mudarse de barrio, empezar un curso de idiomas o cambiar de trabajo para que, sin haber hecho o dicho nada, todos presupongan, de nuevo, que somos héteros. Y no es un detalle. Es más estresante de lo que parece. Quizá por eso algunos gays desarrollan una personalidad exageradamente masculina que los preserva de las sospechas de los demás, como la versión adulta de Chiron en *Luz de luna*.

Yo sé que, a algunos espectadores, ese personaje les puede haber parecido inverosímil; a mí no. Me pareció brillante. Recuerdo una noche en Brooklyn en la que decidí ir a una disco gay que encontré en Google Maps, sin muchas referencias. Cuando llegué, la mujer que recibía a los clientes me pregunta: «*Are you sure you know where you are?*», y la verdad es que no lo sabía, pero respondí que sí. Al entrar, vi que era el único blanco en la disco. Los clientes se parecían bastante a *Black*, el Chiron adulto de la película, vestían y actuaban como él. Era una disco gay, sólo había hombres; pero, en toda la noche, no vi un solo beso. Parecía que todos fingieran, aunque todos sabían que todos sabían. El armario es poderoso.

También hay otros gays que, por el contrario, son tan afeminados que no precisan explicarle nada a nadie —aunque tampoco digo que siempre sea por eso—, y así ahorran tiempo y energía. En un episodio de la mítica serie gay *Queer as folk*, Ted le dice a Emmett que le cuesta

salir del armario una y otra vez, y su amigo responde que nunca tuvo ese problema, porque la gente lo ve llegar y sabe. Otro personaje, Michael, no consigue decírselo a una compañera de trabajo que está enamorada de él, y se mete en mil problemas.

Para los que no son como Emmett y, por alguna razón, al menos en parte de su vida social —tal vez la familia o la oficina—, prefieren no decirlo, el esfuerzo es mucho mayor de lo que cualquier heterosexual pueda imaginarse. Piensa en la cantidad de veces por día que necesitarías mentir o cuidar tus palabras en todo tipo de conversaciones triviales para que nadie descubra si te gustan los hombres o las mujeres. «¿Qué hiciste el fin de semana?», «¿Estás casado?», «Mira qué linda que es». ¿Cuántas de las cosas que haces o dices normalmente todos los días deberías evitar?

La periodista Fernanda Mel escribió una vez que si una pareja hétero va al supermercado y ella le dice a él: «No te olvides de agarrar café, *mi amor*», nadie va a prestar atención, pero si son dos mujeres, la misma frase suena como agarrar un megáfono, subirse a un banquito y gritar: «¡Somos lesbianas!».

El armario funciona como muralla entre lo público y lo privado. Cualquier pareja hétero va de la mano por la calle, en cualquier parte del mundo y a cualquier hora, pero ese gesto simple, para una pareja gay, puede ser peligroso. De noche, en la avenida Paulista de São Paulo, un evangélico fanático te puede romper la cabeza de un palazzo. En Irán o Arabia Saudí te pueden condenar a muerte. En Rusia puedes ir preso. En otros lugares ya no existen esos peligros, pero el simple hecho de agarrar a tu novio de la mano significa provocar miradas, risas, comentarios, o al menos tienes que estar preparado para ello. Para una pareja hétero no significa nada más que un gesto de cariño, invisible para los demás.

Darle un beso a tu novio en un restaurante o en el cine puede provocar una discusión con otro cliente o con algún empleado homófobo, e inclusive pueden echarte. No va a faltar quien diga: «¿No ven que hay niños acá?», como si nosotros, de niños, no hubiésemos visto a miles de parejas de hombre y mujer dándose un beso en la calle, en la tele, en el cine y hasta en los cuentos infantiles, sin que eso nos transformara mágicamente en heterosexuales; como si la orientación sexual se aprendiera por imitación. Y están los que dicen: «No me molesta que sean gays, pero no precisan exhibirse. Que hagan lo que quieran entre cuatro paredes.» Las cuatro paredes de los heterosexuales son el mundo entero.

A pesar de todo lo que ha cambiado en los últimos tiempos, el armario sigue siendo el refugio de muchos. Inclusive de aquellos que están en una posición privilegiada. Conozco a políticos, empresarios, artistas y periodistas que son gays o lesbianas y prefieren no decirlo

porque, aunque ello no amenace su seguridad ni su empleo, la homosexualidad aún es, en mayor o menor medida, un estigma. Y a algunos les cuesta más que a otros.

Por eso, así como nacemos en el armario, hay quienes mueren dentro. La película israelí *Yossi and Jagger*, de Eytan Fox, lo cuenta con una metáfora extraordinaria. Sus protagonistas son dos soldados israelíes apostados en la frontera con el Líbano, que viven su amor a escondidas, cuidándose al mismo tiempo de los ojos y oídos de sus compañeros y de las balas del enemigo. Jagger muere en combate, y Yossi, que además de ser su novio era su comandante, debe comunicárselo a la familia. Junto a la madre del soldado se encuentra una joven que estaba enamorada de él. Ella creía que él sentía lo mismo pero no se animaba a decirlo. La mamá de Jagger dice que hay muchas cosas de la vida de su hijo que nunca llegará a conocer, y le pregunta a la chica cuál era su canción favorita. Ella no lo sabe, y Yossi, que hasta ese momento ha estado callado, responde: «*Come*, de Rita, es la canción que más le gustaba.»

La salida del armario también tiene una dimensión social. Podríamos arriesgar una regla: cuanta más gente haya en el armario, más prejuicio, homofobia y violencia habrá del lado de fuera. Por eso mismo, más cuesta salir. Es un círculo vicioso.

Imaginemos una sociedad en la que todas las personas gays, lesbianas y bisexuales están en el armario. La única fuente de información que el resto tiene sobre ellas son las narrativas homófobas divulgadas por diferentes religiones, medios conservadores y políticos oportunistas que viven del discurso de odio o no tienen coraje para enfrentarlo. Ese señor o esa señora que creen en todas las barbaridades que les contaron sobre nosotros y nos ven como bichos raros y peligrosos, enemigos de la familia, pecadores, perversos, mala gente o enfermos, no tienen cómo descubrir que no lo somos si seguimos en el armario.

Ahora imaginemos una sociedad en la que la mayoría de las personas gays, lesbianas y bisexuales sale del armario. Ese bicho raro, al que tanto asco o miedo le tenían, pasa a ser su hijo, su sobrina, su vecina, el verdulero del barrio, su dentista o abogada, su compañero de trabajo, aquel ídolo deportivo, aquel político por el que votaron, aquel músico que tanto les gusta. Son personas a las que conocen bien y saben que no son peligrosos, enemigos de la familia, pecadores, perversos, mala gente o enfermos.

Cuando le ponemos nombre y rostro al espantapájaros, nos damos cuenta de que es apenas gente como nosotros. Los discursos homófobos empiezan a sonarnos tan estúpidos y desagradables como una vieja proclama racista o antisemita del siglo pasado.

Por eso, vista no tanto como un acto individual sino como un fenómeno social, la salida del armario puede ser uno de los mejores remedios contra el prejuicio. También por eso, los regímenes más opresivos contra las minorías sexuales dictan leyes que criminalizan la homosexualidad, para que salir del armario sea peligroso, inclusive letal. Manteniendo los armarios bien cerrados, el prejuicio se perpetúa y las narrativas llenas de odio no tienen nada que las confronte. En muchos de esos países, no sólo es delito ser homosexual, sino también cualquier tipo de expresión contra la homofobia.

En esos países este libro sería ilegal, porque se consideraría «propaganda homosexual». Sería prohibido y su autor y sus editores podrían acabar en la cárcel.

Al contrario, en los países que garantizan igualdad de derechos y dignidad humana a las personas LGTB, el incentivo para salir del armario es mayor y cuantas más personas lo hacen, más se reduce el prejuicio de los demás. Hasta que llega el día en que nadie se quiere perder la fiesta de casamiento de su amigo gay.

El mejor panorama se da, por supuesto, en los países que combaten el prejuicio desde la escuela, aquellos donde la gente no presume que cada niño o niña será en el futuro heterosexual. Será lo que será. Las sociedades que empiezan a abolir esa regla que nos obliga a entrar al armario, sin saberlo y desde el nacimiento mismo, serán sociedades libres de prejuicio, en las que resultará más fácil ser feliz.

El título de este libro, *El fin del armario*, es al mismo tiempo una crónica de época y una expresión de deseos. Lo primero porque, al menos de este lado del mundo —lejos de los regímenes totalitarios y las teocracias fundamentalistas de Oriente—, salir del armario es cada vez más fácil. La Gran Bretaña que condenó a Alan Turing a la castración química por homosexual hoy lo considera un héroe, y el pequeño *pub* donde, en 1969, gays, lesbianas y trans se enfrentaron violentamente a la policía de Nueva York hoy es un monumento histórico nacional que recuerda esa rebelión. Nuestro lado del mundo es un lugar cada día mejor y más amigable.

La Argentina donde nací también cambió, a pasos acelerados, en los últimos años, y hoy tenemos la legislación sobre derechos civiles de la población LGTB (lesbianas, gays, trans y bisexuales) más avanzada del mundo, aunque aún falte avanzar mucho en cuestiones que no dependen apenas de la ley.

El fin del armario parece más cerca y las nuevas generaciones, protagonistas de lo que el sociólogo Ernesto Meccia define como el trási-

to entre la homosexualidad y la *gaycidad*, salen más temprano y con mayor naturalidad. Hoy ya no es tan raro que un adolescente gay lleve a su novio a cenar a la casa de sus padres, algo que hace algunos años era impensable. Los que nos precedieron comenzaron el camino que los llevó de la vergüenza al orgullo, abriendo paso a la lucha definitiva por derechos civiles que estamos viendo triunfar en estos años. La próxima generación estará muchísimo mejor. Todavía no llegamos, pero cada día parece más cercano ese nuevo mundo en el que los armarios serán piezas de museo.

Este libro habla de ese camino, con avances y retrocesos, y trata de explicar cosas que mucha gente no conoce sobre nuestro mundo, contestando mitos, riéndose de tabúes y estereotipos, denunciando discursos de odio que aún conspiran contra el futuro, cuestionando el papel de la religión, la política, los medios, la cultura, analizando las semejanzas entre el prejuicio homófobo y otros, como el racismo y el antisemitismo, resaltando algunas novedades de esta época y contando historias, que a veces es mejor que teorizar.

Fue escrito pensando en lectores y lectoras de todas las orientaciones sexuales e identidades de género, de modo que no presupone que nada sea obvio. Si después de leerlo, tienes menos prejuicios y más información que antes de empezar, significa que funcionó. Y entonces se lo puedes recomendar a alguien más.

Agradezco a la editorial Marea y, en especial, a Constanza Brunet, que apostó por este libro y lo publicó en Argentina, y a los editores que se atrevieron a lanzarlo, con ediciones propias, en otros países: Ari Roitman, de Brasil; Arthur Zeballos, de Perú, y Enrique Murillo, de España, que tomó la iniciativa de proponérselo a editores de otros países, como México y Portugal, donde también será publicado. Que el fin del armario siga llegando a cada rincón del mundo.

También agradezco a mis colegas de Todo Noticias, donde hace años escribo sobre estos temas con absoluta libertad para la web, además de haber trabajado durante ocho años como corresponsal en Brasil para los noticieros, escapando a la idea de que ser un periodista gay y salir del armario significa no poder hablar de otra cosa. Muy especialmente, agradezco a Carlos de Elía, que me abrió las puertas del canal, y a mis editores, Fabiana Ramírez y Marcelo Aprea.

Río de Janeiro, 2017 - Barcelona, 2019

GAYKIPEDIA

Los infinitos cajones del armario

¿QUIÉN HACE DE MUJER?

Algunas personas no entienden que a los gays nos gustan los hombres y a las lesbianas, las mujeres. Parece obvio, pero ya me preguntaron muchas veces:

—¿Quién hace de hombre y quién de mujer?

A veces respondo, con cara seria:

—¿Y con tu novia cómo hacen? ¿Ella hace de hombre o tú de mujer?

—¡¿Eh?!

Es que, razonando con la misma lógica, yo debería suponer —porque me gustan los hombres— que la única explicación para que a otro hombre le guste una mujer es que ella *haga de* hombre. Si no, ¿cómo es posible? Pero hay hombres a los que les gustan las mujeres *haciendo de* mujeres, sea lo que sea que eso signifique. Aunque usted no lo crea.

Preguntarse quién hace de mujer en una pareja gay es querer interpretarla partiendo de la imposibilidad del deseo homoerótico, como si, para que a un hombre le guste otro hombre, uno de los dos deba ser, de algún modo, femenino. Lo mismo vale para quienes piensen que, en una pareja de lesbianas, una de las dos «hace de hombre».

De hecho, un repaso rápido por páginas de ligue gay sorprendería a muchos: están llenas de anuncios que ponen el acento, a veces estereotipado y machista, en la masculinidad. «Macho busca macho», «Nada de afeminados». Lo cierto es que, en una pareja gay, los dos *hacen de* hombre, sea lo que sea que eso signifique. «Masculino» y «femenino» son dos categorías del lenguaje, como «hétero», «homo» y «bi», con las que tratamos de encasillar un universo mucho más complejo, lleno de grises y, sobre todo, de colores. En una relación entre dos hombres, no hay uno que *hace de* mujer, salvo que se trate de un juego o fantasía sexual, que también puede darse en una cama hétero.

¡Vamos!

Y ya que hablamos de la cama, aclaremos que todo lo anterior no tiene nada que ver con ser «activo» o «pasivo». Creer que el que penetra es más hombre que el penetrado es, nuevamente, querer entender una relación homosexual como si fuera heterosexual, es decir, con un solo pene y sin imaginación. Los roles en la cama no tienen nada que ver con la identidad de género ni le hacen ganar o perder masculinidad a nadie.

Un amigo mío suele decir: «Yo no soy marica. Yo me follo a los maricas.»

Pero lo dice en joda.

Además, ¿quién dijo que los roles en la cama deben ser fijos y excluyentes? Otra vez: cuando dos hombres se van a la cama, hay dos penes. Y los dos pueden ser usados, de distintas maneras. Suponer que uno debe anular automáticamente su pene para ir a la cama con otro es querer, otra vez, *heterosexualizar* una relación que no es heterosexual.

Y, ¡vamos!, que entre un hombre y una mujer también pueden pasar muchas otras cosas. Para eso se inventaron los juguetes que se venden en los *sex shops* y la naturaleza, sabia, nos puso cinco dedos en cada mano. Eso sin tener en cuenta a las trans que no hicieron cirugía de reasignación de sexo, de modo que tienen pene e identidad de género femenina. Y, si no lo sabes, te cuento: la mayoría de los clientes heterosexuales de aquellas que se dedican a la prostitución pide ser penetrado. La sexualidad es más compleja que nuestros diccionarios y las etiquetas no alcanzan para explicarla.

Pero hay una versión más radical de la confusión que tratamos aquí: la de quienes creen que los gays, en el fondo, quieren ser mujeres. Otra vez: no pueden dejar de vernos con anteojos heterosexuales. Como si la única explicación para que nos gustaran los hombres fuera que, de alguna forma, nos imaginemos del sexo opuesto.

Siempre tratando de reconstruir, como sea, el molde chico/chica.

Lamento decepcionarlos. Me gustan los hombres y me gusta ser hombre. No puedo siquiera imaginarme como mujer. Y lo que me gusta de otros hombres es su masculinidad, aunque eso, claro, es una cuestión de gustos. A otros gays les gustan otras cosas.

¿Has visto la película *La piel que habito*, de Pedro Almodóvar? Los hombres que la hayan visto me van a entender. Cuando Antonio Banderas dice «vaginoplastia», sentí la misma impresión que ustedes. Casi les diría que me dolió.

Y entre Vera y Vicente, elijo a Vicente, que está buenorro.

LA «OPCIÓN SEXUAL»

Es muy común que algunos se refieran a la homosexualidad como una «elección» u «opción sexual». Sin embargo, cualquier persona —sea gay, hétero o bisexual— sabe que no lo eligió: no hubo un momento de la vida en el que, frente a dos caminos posibles, «decidió» que le gustarían las mujeres o los varones, luego de pensarlo, consultarlo con el horóscopo o con los amigos, buscar información en Google, probar y ver qué onda, tirar la moneda.

(Seas gay o hétero, pregúntate: ¿cuándo lo *decidiste*?, ¿podrías ser lo contrario? Si te gustan las mujeres, ¿podrías *decidir* que a partir de mañana te gusten los hombres? Si te gustan los hombres, ¿podrías *decidir* que a partir de mañana te gusten las mujeres? ¿Te imaginas siendo diferente? ¿No lo supiste, más o menos conscientemente, desde chico?)

Lo curioso es que nadie habla de la heterosexualidad como una «opción». Nadie se pregunta cuál es la «causa» de la heterosexualidad. Los negros son «personas de color», los blancos son transparentes. Y los héteros son los blancos de la sexualidad.

Unos y otros somos educados desde niños para ser heterosexuales y todos los moldes que nos enseñan, en casa o en la escuela, vienen en formato chico/chica. Por eso, lo que sí nos pasa a gays y lesbianas es que, en algún momento, nos damos cuenta de que no encajamos en esos moldes. No elegimos, descubrimos. Los heterosexuales no necesitan darse cuenta ni descubrir nada, porque desde chicos les dijeron que, si son varones, algún día empezarán a sentirse atraídos por las mujeres y, si son mujeres, por los varones, y eso se cumple. Así que siguen adelante. A nosotros nos dijeron lo mismo, pero un día nos dimos cuenta de que era mentira: lo que sentimos es diferente de lo que nos habían contado. No podemos, simplemente, seguir adelante; tenemos que ver qué hacemos con eso que «nos pasa».

Los heterosexuales no sienten que «les pase» nada.

Al empezar a percibir que nuestros sentimientos contradicen las expectativas de los otros, no todos reaccionamos igual. Algunas personas «asumen» su orientación homosexual desde niños o en la adolescencia y otras, en cambio, lo hacen más adelante, inclusive ya muy grandes. Marguerite Yourcenar escribió, en 1929, un hermoso libro titulado *Alexis o el tratado del inútil combate*, que habla de un hombre que intenta ser lo que no es, hasta que finalmente acepta que no puede y le escribe una carta a su esposa explicándole por qué la deja. Por suerte, a medida que los prejuicios van envejeciendo y muriendo, esos casos son cada vez menos frecuentes, al menos en esta parte del mundo.

Sea a la edad que sea, luego de haber asumido su sexualidad, la mayoría de los gays comienza a recordar cosas que le confirman que, en el fondo, siempre lo supieron. Empiezan a darse cuenta de cómo les gustaba ese chico de la primaria y entienden por qué se pusieron celosos cuando su amigo de la secundaria se puso de novio, o por qué les interesaban tan poco las mujeres cuando sus amigos no hablaban de otra cosa. A las lesbianas les pasa lo mismo. Cuando impide que la homosexualidad sea siquiera mencionada en horario de protección al menor, nuestra sociedad condena a los niños, niñas y adolescentes gay y lesbianas a saltarse una etapa de sus vidas y los priva de experiencias que los demás chicos viven naturalmente durante su crecimiento.

Sí, naturalmente. Cuando un chico de último curso de primaria llega a casa y cuenta que tiene novia, lo felicitan. Algunos tienen novia ya en el jardín de infancia. Claro que «tener novia» a esa edad no significa lo mismo que «tener novia» a los quince, o a los treinta, pero aun aquellos primeros «noviazgos» son importantes para madurar. La sexualidad está presente desde siempre en nuestras vidas, pero va atravesando distintas etapas hasta su fase adulta. La sexualidad de los gays y las lesbianas debería poder desarrollarse de la misma manera, atravesando las mismas experiencias, a las mismas edades.

No se elige ser gay o lesbiana, o ser heterosexual, y tampoco se puede cambiar. Ni hace falta: ser gay es tan normal y natural como ser hétero, del mismo modo que ser blanco o negro, tener ojos marrones, verdes o celestes, o ser diestro o zurdo. Aunque, hasta hace no mucho tiempo, a los zurdos los castigaban y los obligaban a escribir con la mano derecha. Pregúntale a tu mamá o a tu abuela si no me crees.

Cuando acabemos con los prejuicios que existen sobre las sexualidades «diferentes» (que, en definitiva, son tan diferentes como la heterosexualidad es diferente de las otras orientaciones sexuales), gays y lesbianas podrán comenzar a vivir su sexualidad a la misma edad y de la misma manera que los héteros, sin que eso sea *un tema*, sin que nadie piense que hay que elegir y que una «elección» es mejor que otra. La idea de «asumirse» o «salir del armario» será entonces un anacronismo.

Del mismo modo que ahora los zurdos aprenden, desde chicos, a escribir con la mano izquierda y a ningún padre o maestro le parece que eso sea anormal. Cuando terminemos de enterrar los prejuicios, la mayoría de los textos de este libro serán incomprensibles, raros, como cuando nos cuentan que, hace no tanto tiempo, las mujeres no podían votar.

EL GEN GAY

En 1992, dos artículos de Associated Press desencadenaron titulares en diarios de todo el mundo anunciando un sorprendente descubrimiento: los científicos Steven Pinker, del MIT, y Myma Gopnik, de la Universidad McGill, habían descubierto el «gen de la gramática». El primer artículo, de James J. Kilpatrick, aseguraba que Pinker y Gopnik habían logrado, al fin, encontrar al gen culpable por el bajo rendimiento de muchos alumnos en las clases de gramática de las escuelas y aventuraban que, si las investigaciones continuasen, pronto serían descubiertos el gen que nos hace tener buena o mala caligrafía y el que nos impulsa a leer libros. El segundo artículo, de Erma Bombeck, contaba que su marido había sido profesor de inglés en una escuela y proponía, como explicación para su sufrimiento, que sus alumnos debían ser «37 deficientes del gen de la gramática», ya que no sabían ni usar las comas.

Lo que vino después fue aún peor. La repercusión de la noticia en radio y televisión, dice Pinker en su libro *El instinto del lenguaje*, fue «una rápida lección de cómo los descubrimientos científicos son desvirtuados por periodistas que trabajan bajo presión». Lo que realmente había pasado era que, en un evento académico, Gopnik —y no Pinker, que apenas moderaba la mesa y se encargó de presentarla— había expuesto las conclusiones de una investigación sobre el Trastorno Específico del Lenguaje, corroborando la vieja sospecha de que fuese hereditario. Esta lingüista y varios genetistas habían estudiado a una familia inglesa, identificada como los K., en la que el trastorno había pasado de un hombre a cuatro de sus cinco hijos y once de sus veintitrés nietos. Todos ellos tenían resultados normales en la parte no-verbal de los test de inteligencia, pero presentaban dificultades para hablar y lo hacían lentamente, buscando las palabras y cometiendo errores, por ejemplo, en el uso de pronombres, sufijos de plural y terminaciones de los verbos en tiempo pasado. La posibilidad más plausible, según los investigadores, era que el problema fuese causado por un único gen.

Eso no significaba, como había sido publicado en los medios, que se hubiese descubierto el gen que «controla la gramática», sino apenas que era probable que existiese uno capaz de perjudicar aspectos de su adquisición. Y, claro, no estamos hablando de la gramática que se enseña en la escuela, ni del análisis sintáctico de oraciones, la ortografía o la puntuación cuando se escribe, ni mucho menos de nociones normativas —y equivocadas— sobre «hablar correctamente», sino de un término técnico de la lingüística que se refiere, dicho de manera simple, a la capacidad de conversar con otra persona en nuestra lengua materna. Nadie había entendido nada.

Algo parecido sucedió a mediados de 2019, amplificado por las redes sociales, con la enorme confusión en torno del «gen gay», a partir de un trabajo publicado en la revista *Science*. Todos los artículos y comentarios pusieron el acento en la hipótesis —que el estudio descartaba— de que exista un único gen responsable de la homosexualidad. Y, como si se tratara del trabajo de Myma Gopnik sobre el Trastorno Específico del Lenguaje, muchos parecían estar buscando la causa de un defecto o patología. Así, no sólo se equivocaban algunas respuestas, sino principalmente las preguntas que quedaban subentendidas cuando la cuestión se planteaba de esa forma, que sería como preguntarse cuál es el defecto que lleva a los negros a ser negros, en vez de cuáles son las causas de la variación en la pigmentación de la piel en los seres humanos.

Durante mucho tiempo, la homosexualidad fue investigada por la ciencia de ese modo, como algo que estaba mal, un desvío del camino considerado *natural*. Así, lo que se buscaba era la causa de la homosexualidad, mientras que nadie se preguntaba la causa de la heterosexualidad, que se tenía como algo dado. Las respuestas nacidas de esa perspectiva descartaban, en general, la biología: la psicología freudiana creía que la homosexualidad era causada por traumas infantiles nacidos de la relación con los padres, los psicólogos conductistas creían que era un mal comportamiento aprendido —y que por lo tanto podría desaprenderse y también evitarse— y las iglesias la consideraban una elección voluntaria, consciente y pecaminosa de los individuos, un estilo de vida inmoral, guiado por la maldad de Satanás, que debía ser condenado.

El avance de la ciencia de la sexualidad humana ha descartado todas esas hipótesis contaminadas de prejuicios e ignorancia, sobre las que no existe ninguna evidencia empírica, pero también descartó la pregunta que las guiaba, así resumida por Simon LeVay, uno de los mayores especialistas en el tema: *What's wrong with gay people?* Hoy, la ciencia no ve a la homosexualidad como algo que está mal, sino como una de las posibles orientaciones sexuales, y no se pregunta cuál es la causa de la homosexualidad, sino cómo llega cada persona —y también individuos de diferentes especies animales— a tener una orientación sexual, sea cual fuere.

En su libro *Gay, Straight and the Reason Why*, LeVay resume las respuestas que podemos dar actualmente a esta nueva pregunta, citando para ello decenas de estudios publicados en las últimas décadas por científicos de diversas disciplinas, de universidades y centros de investigación de todo el mundo, cuyas conclusiones parecen apuntar en la misma dirección. No hay una única causa, un único gen, un único evento o característica biológica a la que podamos atribuir la orienta-

ción sexual de cada individuo —sea gay, hétero o bi— o por los que podemos preverla, pero la ciencia ya sabe que la orientación sexual es un aspecto del género —nos referimos aquí apenas a la noción biológica de género— que emerge durante nuestro desarrollo prenatal como consecuencia de la diferenciación sexual del cerebro. Que alguien sea gay, hétero o bisexual dependerá en gran medida de ese proceso biológico que ocurre antes de nuestro nacimiento, aún en el útero materno, y en el que intervienen diversos genes, hormonas y el sistema cerebral en desarrollo, influenciado por ambos.

Claro que el lenguaje, en este caso, puede jugar una mala pasada, porque cuando decimos que de esos procesos biológicos prenatales dependerá si ese futuro bebé será un adulto «gay, hétero o bi», no nos referimos al significado social de esas palabras, es decir, a su identidad sexual como un aspecto constitutivo del *self*, ni a su salida del armario, ni siquiera a su comportamiento sexual efectivo, que dependen de muchos otros factores que no tienen que ver con la biología, sino con la cultura, las relaciones sociales, la religión o la política. Lo que la biología va a determinar es si a esa persona van a gustarle los hombres o las mujeres, si va a sentir atracción sexual y afectiva por personas del mismo o de diferente sexo —y si tendrá otras características de su biología y su personalidad asociadas a ello—, más allá de lo que luego haga con su vida.

Nuestro comportamiento sexual, la vida que elegimos tener y la manera en que nos identificamos socialmente como gays o héteros —con los significados culturales, sociales y políticos que ello tiene— son cuestiones que no dependen de la biología y están condicionadas por nuestra personalidad y por el mundo en el que vivimos, en el que la orientación sexual no es algo trivial. Por eso es importante entender la diferencia entre atracción, deseo, comportamiento e identidad: si pensamos en un chapero que tiene relaciones sexuales con hombres por dinero, un preso que lo hace apenas mientras está en la cárcel aunque le gustan las mujeres, un hombre que se siente atraído por hombres pero se casa con una mujer por presión social y vive su homosexualidad a las escondidas u otro que se mete a cura y acepta el celibato —sin tener en cuenta a los que abusan de niños—, estamos ante situaciones que no tienen que ver con los genes, las hormonas ni nada de eso. Tampoco es biológica la rebelión política y social que nos llevó a los homosexuales a ser gays, ni el orgullo, ni la lucha por los derechos civiles, ni la forma en la que vivimos nuestra sexualidad en cada parte del mundo.

Pero la biología sí está por detrás de nuestra atracción sexual y afectiva, que no elegimos ni podemos cambiar y que está presente desde nuestra infancia, pasando por distintas etapas de maduración a medida que crecemos.

Diferentes investigadores estudiaron el papel de diferentes genes en la determinación de la orientación sexual, pero también de otros eventos que no son genéticos, sino ambientales, como la cantidad de testosterona y de otras hormonas que el feto recibe en el útero materno en determinadas semanas del embarazo, o con cuestiones vinculadas con el desarrollo del cerebro, como por ejemplo diferencias en la estructura de un determinado conjunto de células del hipotálamo. Inclusive el orden de nacimiento podría tener una influencia, es decir, el hecho de ser el primero, el segundo o el tercer hijo, por cambios que cada embarazo puede producir en la mujer. Fueron halladas evidencias estadísticamente relevantes del peso de diferentes factores como los anteriores en la definición de la orientación sexual, tanto en humanos como en otras especies, pero no parece que ninguno de ellos la determine por sí solo en todos los individuos, sino que puede influenciarla, en interacción con otros, de formas que pueden tener diferente impacto en cada individuo, pero son significativas cuando se analiza una muestra estadística.

Lo que está claro, como decíamos antes, es que la orientación sexual emerge durante el período prenatal, de modo que no depende de la relación con los padres, ni de la educación, ni de la influencia del entorno social, ni de ningún trauma infantil, ni de ninguna elección consciente. Y ser homosexual o heterosexual no significa ser más o menos normal o saludable, porque no hay una orientación sexual sana o correcta, como no hay un color de piel sano o correcto.

No existe desvío, ni anomalía, ni patología, sino diversidad biológica, y lo que la ciencia estudia es por qué tenemos la orientación sexual que tenemos, del mismo modo que estudiamos por qué algunas personas tienen ojos castaños y otras, ojos verdes, o son diestras o zurdas, o por qué existen ciertas diferencias entre hombres y mujeres.

Sabemos, al respecto, que la orientación sexual forma parte de un «paquete» mayor relacionado con el género. Es decir, que la intervención de un determinado gen o de una mayor o menor cantidad de determinada hormona durante el período prenatal no influye apenas si nos van a gustar los hombres o las mujeres, sino también, por ejemplo, sutiles diferencias en nuestra anatomía, nuestro olfato, nuestra capacidad auditiva, ciertas habilidades específicas y aspectos de nuestra personalidad que no son necesariamente los que identificamos como parte de estereotipos culturales sobre gays y lesbianas.

Las diferencias entre homos y héteros son mucho más amplias que la dirección del deseo sexual y muchas de ellas pueden identificarse —en términos estadísticos, no individuales— tanto en la edad adulta como en la temprana infancia. Todo adulto homosexual fue, antes, un niño o una niña *diferente*, en diversas cuestiones que pueden relacio-

narse con el género, pero que también incluyen sutiles aspectos de su anatomía y otras características que no solemos asociar al género. Lo mismo sucede con los adultos y es por ello que, a veces, percibimos que alguien es gay o hétero antes de tener cualquier evidencia de su comportamiento o sus deseos sexuales y sin que esta percepción tenga relación con las nociones populares sobre *parecer* gay.

Por otra parte, si todo lo anterior no fuese suficiente para entender que no tiene sentido la búsqueda por un único gen de la homosexualidad o la heterosexualidad, aún nos queda otra razón, que LeVay explica en su libro: es muy probable que lo que la ciencia deba buscar —y los resultados de algunas investigaciones parecen confirmarlo— no sea la causa de la heterosexualidad o la homosexualidad, sino de nuestra atracción sexual por hombres o por mujeres. Es probable que, por ejemplo, determinado gen esté presente en mujeres heterosexuales y en hombres gays, u otro en mujeres lesbianas y hombres heterosexuales, porque está asociado no a la homosexualidad o la heterosexualidad, sino a la atracción sexual por hombres o por mujeres. Es decir, no sería un «gen gay», o hétero, sino un gen *ginefílico* (de la atracción por mujeres) o *androfílico* (de la atracción por hombres). Pero es poco probable que sea el único gen responsable de eso, que ese sea su efecto primordial o exclusivo o que su sola presencia sea determinante.

En otro de sus libros, *La tabla rasa*, Pinker explica que «genes individuales con consecuencias destacadas son los ejemplos más dramáticos de los efectos de los genes sobre la mente, pero no son los ejemplos más representativos. La mayoría de las características psicológicas son producto de muchos genes con efectos diminutos que son modulados por la presencia de otros genes, y no producto de un único gen con un efecto sustancial que se produce en cualquier caso. Es por ello que los estudios de gemelos idénticos (dos personas que tienen en común todos los genes) consistentemente revelan poderosos efectos sobre una característica, aun cuando la búsqueda de un único gen responsable por esa característica fracase».

Por ello, así como por los otros factores biológicos no genéticos que distintas investigaciones han descubierto, es improbable que exista un único gen heterosexual. Tampoco existe un único gen gay, como todos se preguntan si será posible, ya que, por puro prejuicio, a nadie se le ocurre indagar sobre la causa de la heterosexualidad.